

CRITICA: «La vida privada de mamá», de Ruiz Iriarte, en el Reina Victoria

EL autor se lanzó esta vez al campo abiertamente cómico. Cuando se habla de teatro cómico queda expuesta implícitamente la idea de que el autor puede utilizar una serie de recursos que en otro género no le estarían permitidos. De ahí que Ruiz Iriarte complicase el enredo de «La vida privada de mamá» hasta un límite *abuso* excesivo, pero que, sin embargo, tiene la virtud de mantener a los espectadores en ignorancia total de cuál puede ser el desenlace hasta el término de la pieza.

De los dos actos, el primero es el mejor. Acto expositivo, llevado a un ritmo trepidante en el que se suceden las escenas humorísticas, sin baches ni caídas de tensión. Se casa una muchacha, hija de una viuda tenida por dama intachable, y surge de inmediato el otro aspecto, o la «vida privada de mamá», que ha de ser luego el factor principal de la obra; de acuerdo con su título. En ese primer acto abundan las réplicas ingeniosas que brotan en situaciones de escasa novedad, pero a las cuales logra infundirse aquí una cierta juventud. El desarrollo de la acción se remansa en el segundo acto. El autor deja al público ante una sola incógnita: saber cuál de cuatro hombres conquistará la mano de la viuda. Uno de ellos queda prontamente eliminado. Su presencia en la casa se justifica por medio de un equívoco. En cuanto a los otros tres, todos afirman que son ya el marido de la protagonista. Ésta se limita a declarar que se casó en secreto un año antes, pero sin decir con quién. ¿Pero por qué el silencio respecto a punto tan capital? Eso es lo que se encargará de descubrir más tarde el autor, cuyo trabajo principal consiste en explicar los motivos del misterio tan largamente sostenido. En la justificación despliega toda su habilidad de hombre de teatro y logra en alguna escena hacer subir la temperatura poética de la comedia a su máximo posible, pero con todo, dicha justificación no resulta enteramente convincente.

Sin embargo, «La vida privada de mamá» tiene todo el aire de una de esas obras que alcanzan larga vida en un mismo escenario. La forma risueña en que ha sido tratado el tema, el carácter del personaje central, encarnado por Tina Gascó con su acostumbrada perfección, y el ambiente en que transcurre la acción, parecen señalar a «La vida privada de mamá» para una dilatada carrera. Las continuadas risas y los entusiastas aplausos de los espectadores, que obligaron al autor y sus intérpretes a saludar repetidamente desde el palco escénico, hacen suponerlo así, aunque no sea esta comedia —por las razones apuntadas— una de las más felices de Ruiz Iriarte.

En la interpretación, además de Tina Gascó, ya mencionada, brilló la gracia personal de Gracia Morales, que hizo las delicias del público con su expresiva y desorientadora ingenuidad. Entre los actores hay que destacar a Bódalo, siempre tan seguro; Rafael Alonzo, que se hizo aplaudir justamente en un mutis; Fernando Guillén y Miguel Anco.